

prorogaron para continuarse en la ciudad de Zaragoza dentro de diez dias (1), con objeto de procurar estrecha confederacion con los grandes que tenian en su poder, como rey, al príncipe Don Alfonso, y para que se tratase del matrimonio de este príncipe, proclamado Rey de Castilla, con la infanta Doña Juana, hija del Rey de Aragon.» Estas ocupaciones y las de la guerra, que en Cataluña estaba en todo su vigor, fueron causa de que el Rey no recibiera desde luégo á Rosmithal, así como su genio astuto le movió á informarse detenidamente de quién era y de dónde venía aquel viajero con tan gran séquito ántes de otorgarle audiencia. Disipó estas dudas Rosmithal entregando á los caballeros que vinieron á verle de parte del Rey las cartas que llevaba de la Emperatriz de Alemania y de los demas reyes y príncipes que ántes habia visitado. El rey D. Juan debió quedar satisfecho con el exámen de estos diplomas, y á los pocos dias fueron recibidos Rosmithal y sus compañeros con gran aparato y con muestras visibles de respeto por el Monarca aragonés, quien les confirió su órden régia, que probablemente sería la de la Jarra, autorizándoles para que pudiesen conceder por sí la misma órden á los caballeros virtuosos que juzgasen dignos de ella.

Dice Schaschek, hablando todavía de Zaragoza, que «andaban alborotados los grandes del reino cuando él y sus compañeros estuvieron allí, porque

(1) ZURITA, *Anales*, lib. XVIII, cap. IX.

el rey D. Juan queria que jurasen fidelidad á su hijo y le reconociesen por sucesor suyo.» Y añade: «Pero ellos alegaban contra el Rey muchas causas.»

Ya hemos notado la confusion é inexactitud que hay en algunas noticias de este viajero, lo cual puede atribuirse en la relacion de Schaschek al traductor latino; pero ademas, como observa el Sr. Gayángos, ignorando las lenguas que se hablaban en España, Rosmithal y sus compañeros tendrian que valerse de intérpretes, pues no siempre podria servirles á este fin Haroldo, que era de la comitiva, y que, sin duda por conocer el latin, solia ser intermediario entre los bohemios y los naturales de los pueblos que iban visitando; pero teniendo presente lo que dicen acerca de esta época y sus sucesos los historiadores aragoneses, catalanes y castellanos, y especialmente Zurita, se debe entender este pasaje de la relacion limitando á los varones y al pueblo de Cataluña la repugnancia á jurar, como heredero de la corona aragonesa, al príncipe Don Fernando, que la poseyó luégo uniéndola á la de Castilla por su feliz enlace con doña Isabel. Las Córtes que se tenian en Zaragoza cuando allí estuvo Rosmithal, no se ocuparon del juramento del Príncipe, y los catalanes no concurrían á ellas, porque las celebraban aparte y porque se hallaban en estado de rebelion contra don Juan; lo estuvieron desde ántes de la muerte de su hijo, el desgraciado Príncipe de Viana, ocurrida en 1462; y despues que tuvo lugar este suceso trágico, el ódio de los catalanes contra D. Juan se aumentó

con la sospecha, que ellos tenian por hecho cierto, de haber perecido el Príncipe con hierbas que le dieron por mandato de su madrastra doña Juana Enriquez, y entónces ofrecieron el Condado de Barcelona á D. Enrique IV de Castilla, viniendo á este efecto á su córte una embajada en que tenía el cargo principal Mosen Compons ó Copones, como le llaman las crónicas castellanas del tiempo. La irresolucion de D. Enrique le hizo perder esta ocasion de aumentar sus Estados, y entónces los catalanes eligieron por su soberano en el año 1463 al condestable D. Pedro de Portugal, por ser biznieto de D. Pedro el Ceremonioso, rey de Aragon, y nieto de doña Leonor, su hija, infanta de Aragon, que fué mujer de D. Jaime, conde de Urgel y vizconde de Ajar. Los catalanes desde Ceuta, donde estaba con el rey D. Alonso V de Portugal haciendo guerra á los moros en dicho año de 1463, llevaron á D. Pedro de Portugal, á la ciudad de Barcelona, y jurando allí los fueros de Aragon y sus privilegios, fué alzado por los catalanes rey de Aragon y conde de Barcelona, sosteniendo desde entónces sangrientas guerras con el rey D. Juan, hasta que aquél murió en el año de 1466, «y sucedió su fin repentina con grande sospecha de veneno, género de muerte que mucho se usaba en estos tempestuosos siglos» (1).

Muerto el condestable D. Pedro de Portugal, los catalanes no cesaron en su rebeldía, á pesar de la

(1) GARIBAY, lib. xxxv, cap. xv, pág. 879.

guerra que les hizo el rey D. Juan, cuya mujer, doña Juana Enriquez, con su hijo el príncipe don Fernando, les tomó várias importantes ciudades, entre ellas á Tortosa y Castellon; y para buscar los rebeldes el auxilio de Francia eligieron por rey á Renato de Anjou, que envió á Cataluña por lugarteniente suyo á su hijo el Duque de Lorena.

Claro está que hallándose en Zaragoza los viajeros, cuya piedad y espíritu religioso parecen tan exaltados, habian de visitar la Vírgen del Pilar y su santuario, y de referir su leyenda tradicional en la relacion del viaje; ya en las notas del texto remitimos á los lectores curiosos, para ampliar las noticias que en él se dan, al libro del P. J. Diego Murillo, advirtiéndoles que, como todos los de su clase y de su época, está viciado por la fe que da su autor á los falsos cronicones.

Segun acontece de ordinario con la guerra civil, estaba infestado de ladrones el Principado de Cataluña y sus costas, siendo notable la aventura que ocurrió á los viajeros entre Martorell y Molins de Rey, donde unos piratas, con grande osadía, trataron de cautivar á dos compañeros de Rosmithal. Cuando aportó Navagero á estas costas, no habia disminuido este peligro, si bien no eran los catalanes mismos los que pirateaban, sino las fustas de moros que daban continuos asaltos á los pueblos y campos de las orillas del Mediterráneo.

En la misma ciudad de Barcelona no estaban seguros los viajeros, y el dueño de la posada en que moraron les aconsejó que no saliesen solos ni aún

en grupos de dos ó tres, sino todos juntos, para evitar que los piratas los cogieran, y, llevándolos á sus naves, los vendiesen luégo como esclavos, segun acostumbraban hacerlo. Con este motivo Schaschek formó de los catalanes un juicio que apunta ya, cuando refiere la leyenda relativa á la invencion del Cristo de Búrgos, diciendo de ellos que, aunque son cristianos, no tienen de tales sino el nombre, siendo peores que los infieles paganos. Apasionado es sin duda este juicio, pero indica el carácter aventurero y el valor indomable de los heroicos almogavares que hicieron las expediciones á Oriente, y que todavía en el siglo xvi eran los grandes marinos que, compitiendo con genoveses y venecianos, pusieron coto á las invasiones de los turcos.

Por lo que toca á los hechos verdaderamente históricos que Schaschek menciona, nótese, en lo relativo á Cataluña, la confusion que repetidas veces hemos criticado; aquí, al hablar de los pretendidos Reyes de Aragon, que levantaron los catalanes para contrarestar á D. Juan II, confunde al Príncipe de Viana con el Condestable de Portugal, y se da á éste el concepto de santo en que los rebeldes tuvieron al hijo primogénito de D. Juan, el infortunado D. Carlos, á quien, segun refiere Zurita, llegaron los catalanes á poner en los altares, atribuyéndole muchos y grandes milagros. Tambien parece que Schaschek señala como hijos de D. Pedro de Portugal, que no se sabe que los tuviera, á los que lo eran del mismo Príncipe de Viana, uno

de los cuales dice que estuvo en la posada de Rosmithal, y que era un hermoso niño. El Príncipe de Viana dejó dos hijos y una hija naturales, que se llamaron D. Felipe, D. Alonso y doña Ana, única de quien hemos podido averiguar alguna noticia, pues consta que fué habida por el Príncipe en doña María de Almendariz, y que casó con el primer duque de Medinaceli D. Luis de la Cerda, elevado á aquella dignidad por los Reyes Católicos; de aquella no tuvo el Duque más que una hija, llamada doña Leonor, que fué mujer de D. Rodrigo de Mendoza, hijo del Gran Cardenal de España, y Marqués del Cenete, á quien no dió sucesion (1). Es de creer que los hijos varones del Príncipe de Viana morirían como murieron todos los que podían ser obstáculo para que el príncipe D. Fernando llegára á regir la monarquía aragonesa.

Continuando su viaje, Rosmithal y su comitiva salieron del condado de Barcelona, entrando en el Rosellon, donde los dejarémos; pues, si bien curiosa bajo muchos aspectos, no tiene para nosotros la relacion de las aventuras del noble bohemio en los demas países de Europa el interes de las que le ocurrieron en los varios Estados en que estaba en su tiempo dividida la Península española.

(1) LOPEZ DE HARO, *Novil.*, tomo 1, pág. 81.

X.

La tercera relacion comprendida en esta obra es la del viaje hecho por España en 1512 por el famoso historiador Francisco Guicciardini, que vino de embajador de Florencia cerca del Rey Católico. Esta relacion tiene un carácter especial y distinto de las otras, porque en ella no se dan pormenores de las ciudades y villas ni de los accidentes geográficos de la Península, sino que consiste en un juicio general, y como ahora se dice, sintético, del nuevo Estado que acababa de formarse por la union de los reinos de Aragon y de Castilla, y que pesaba ya tanto en todos los negocios de la cristiandad, y más especialmente en los de Italia, campo en aquella sazón abierto á las ambiciones de todos los soberanos de Europa; este aspecto de la nueva monarquía y reino de España no podia ménos de llamar la atencion de un político como Guicciardini, á quien habia confiado su patria el delicado encargo, de que se hablará luégo, cerca del Rey Católico.

El famoso autor de la *Historia de Italia* es harto conocido de cuantos tienen aficion á los estudios literarios ó históricos; pero esto no nos excusa de recordar aquí los sucesos más importantes de su vida. Nació Guicciardini en Florencia el 6 de Marzo de 1483, siendo sus padres Pedro y Simona Gianfigliasi; le apadrinaron en el bautismo el famoso humanista y filósofo Marcilio Ficino, Juan Canacci y

Pedro del Nero; se cree que tuvo por primer maestro á Juan Londi, y muy niño empezó el estudio de las humanas letras, y principalmente del latin y del griego, lengua esta última á que por entónces se dedicaban muchos, porque la enseñaban varios eruditos venidos de Constantinopla despues de la conquista de esta ciudad por los turcos; por las traducciones de los clásicos y por los escritos referentes á esta literatura debidos á Calcóndilas y al mismo Ficino. A fines del año de 1498 empezó Guicciardini el estudio del Derecho romano con Jacobo Modesti de Carmusiano, y lo continuó con Juan Soderini hasta el año de 1500, en que pasó á Ferrara á continuar sus estudios, quizá para sustraerse á los disturbios que amenazaban á Florencia, ó tal vez para poner allí en salvo buena parte de la fortuna de su padre, que tenía tal confianza en su prudencia, á pesar de sus pocos años, que al partir de Florencia le dió, para que se los guardase, quinientos ducados de oro, le envió otros quinientos cuando supo que había llegado á esta ciudad, y poco despues otros mil; aquel año y el siguiente asistió á las lecciones de derecho civil de Gerardo Saracino y de Antonio María Cattabani; pero no satisfaciéndole aquella enseñanza, pasó en el año de 1502 á Padua con permiso de su padre, y en su famosa Universidad continuó el estudio del derecho civil y emprendió el del canónico con Cristóbal Alberizio de Pavía, Felipe Decio y Cárlos Ricino de Reggio; estuvo en Padua hasta fines de Julio de 1505, en cuyo tiempo volvió á Florencia, habiendo

hecho tantos progresos en el estudio, que á la edad de veintitres años, en 31 de Octubre, fué nombrado por la Señoría de Florencia catedrático de Instituta, y el 15 de Noviembre del mismo año de 1505, tomó el grado de doctor en Derecho en el Capítulo de San Lorenzo del Colegio de la Universidad de Pisa; empezó desde luégo el ejercicio de la abogacía, y aunque tuvo una gran clientela, siguió desempeñando su cátedra hasta fin de Julio de 1506. El 14 de Mayo del año siguiente contrajo matrimonio con María de Alamanoso Salviati, pero no lo hizo público hasta Mayo de 1508.

Era ya desde 1507 tan grande la reputacion de Guicciardini, que ademas de los negocios que le habia encomendado la Señoría, fué elegido aquel año cónsul por el gremio de comerciantes, cuyo oficio no pudo desempeñar por ser menor de treinta años; pero várias cofradías y otras corporaciones le hicieron su abogado por la gran fama de su saber y elocuencia, que se extendia más allá de los límites de la ciudad. El 5 de Octubre de 1511 el Papa Julio II concluyó el tratado, conocido con el nombre de *Liga Santa*, contra el rey de Francia Luis XII, en la que entraron, ademas del Papa, el rey D. Fernando V de Aragon, Enrique VIII de Inglaterra y los venecianos y suizos. Estaba Julio II enojado con los florentinos, que permitieron la reunion del Concilio cismático protegido por Luis XII en Pisa; pero los hubiera recibido en su gracia si, separándose de los franceses, hubieran entrado en la Liga; mas no queriendo romper con ellos ni enemistarse

con Fernando V, procuraron, ántes de decidirse, explorar la voluntad de este monarca, deseando mantenerse neutrales en la guerra que se preparaba; á este propósito, trataron várias veces de elegir un embajador, y el 17 de Octubre del referido año de 1511 obtuvo la mayoría de votos Guicciardini, pero dudando si aceptar el cargo, por tener que abandonar su extensa clientela, que le producía grandes ganancias, aunque su afición á la diplomacia y la ambición que sentía le inclinaban á aceptar aquella honra, ántes de resolverse escribió á su padre, que estaba de comisario de la república en Montepulciano, quien se apresuró á contestarle que aceptase, no sólo por el alto honor que le resultaría de ser embajador cerca de tan poderoso Rey, sino porque no había memoria de que Florencia hubiera elegido á un enviado tan jóven para una córte tan lejana y espléndida. Admitido su encargo, partió de Florencia el 19 de Enero de 1512, llegando el 27 á Búrgos, donde se encontraba el Rey Católico.

El deseo de conservar la neutralidad en medio de acontecimientos tan extraordinarios como los que ocurrieron en 1512, no podía cumplirse en un Estado que, cual Florencia, carecía de las fuerzas necesarias para hacerse respetar de los beligerantes, y cuya cooperación era, sin embargo, tan útil á los ejércitos que combatían en Italia; no dejaba, por tanto, de tener razón el gonfaloniero Soderini, aconsejando la alianza con Francia, aunque el éxito de la guerra parezca condenar su dictámen, si bien los primeros sucesos de aquel año lo abonaban, pues

no sólo el ejército frances al mando de Gaston de Fox hizo levantar al de la Liga, que mandaba el virey de Nápoles, Raimundo de Cardona, el sitio de Bolonia, sino que en seguida venció aquél la reñidísima batalla de Rávena, en la que el caudillo frances perdió la vida, á cuya circunstancia puede atribuirse que no se sacáran todos los frutos de tan señalada victoria, quedando á poco el ejército de la Liga dueño del campo; y amenazando á la república de Florencia, asedió y tomó con escasa resistencia á Prato, á pesar de las protestas de amistad y de las embajadas de los florentinos; aquel suceso alentó á los partidarios de los Médicis, y deponiendo al gonfaloniero Soderini, pactaron con los de la Liga, y mediante el pago de un fuerte subsidio, conservaron la independencia, más aparente que real, de la república, pues habiendo entrado en la ciudad los Médicis, cayó al fin bajo la tiranía de Julio, que contó á poco con el poderoso apoyo de su hermano, elevado al sόlio pontificio con el nombre de Leon X, de gloriosa memoria por el prodigioso desarrollo que tomaron en su tiempo las letras y las artes, de que siempre fueron protectores los de su familia, llamándose, como es sabido, á esta grande época el siglo de Leon X.

En este mismo año el Rey Catόlico se apoderó del reino de Navarra con una habilidad diplomática y militar que, unida á la que desplegaba en los asuntos de Italia, movió á Guicciardini á hablar de D. Fernando V de Aragon en los siguientes términos en sus *Ricordi*, especie de apuntes autobiográ-

ficos, llenos de consideraciones morales y políticas:

« Observé, cuando era embajador en España cerca del rey D. Fernando de Aragon, príncipe prudente y glorioso, que, cuando meditaba una empresa nueva ó algun negocio importante, léjos de anunciarlo primero para justificarlo en seguida, se arreglaba hábilmente de modo que se dijera por las gentes « El Rey debia hacer tal cosa por estas y aquellas razones », y entónçes publicaba su resolucion, diciendo que queria hacer lo que todo el mundo consideraba necesario, y parece increíble el favor y los elogios con que se acogian sus proyectos.

» Una de las mayores fortunas es tener ocasion de mostrar que la idea del bien publico ha determinado acciones en que se está empeñado por interés particular. Esto es lo que daba tanto lustre á las empresas del Rey; hechas siempre con la mira de su propia grandeza ó de su seguridad, parecia que tienian por objeto la defensa de la Iglesia ó la propagacion de la fe cristiana. »

Estos graves sucesos habian puesto término á la mision de Guicciardini cerca del Rey, pues los asuntos de Florencia los trataba el Monarca con el Nuncio Salviati, siendo el Papa y su familia los verdaderos jefes de aquel Estado, en vista de lo cual pidió Guicciardini, con repeticion, que se le mandára volver á Italia, y miéntras recibia las órdenes necesarias para ello, en presencia de los acontecimientos que ocurrían á su vista y que habian cambiado la faz de las cosas públicas en Italia, descontento de su conducta, hacía sobre ella las curiosas

reflexiones que se leen en los *Ricordi* publicados en la coleccion dirigida por Canestrini. Es de notar que ni Zurita ni Herrera hacen la más leve mencion de esta embajada, sin duda porque para nada influyó en el desarrollo de los sucesos (1).

Salió al fin de España Guicciardini en Octubre de 1513, con ánimo de volver á Florencia, y al llegar á Placencia, recibió la noticia de la muerte de su padre, que le causó honda pena, y le hizo acelerar su viaje, entrando, al fin, en su patria el 5 de Enero de 1514. Si aquella embajada fué para Guicciardini ocasion de su engrandecimiento personal, lo fué tambien de graves acusaciones, no infundadas, por parte de los amigos de la libertad de Florencia, y aunque procura defenderse de ellas en sus cartas, es lo cierto que su conducta da la razon á sus adversarios, pues el 14 de Agosto de aquel año fué nombrado uno de los ocho de la Bailía, que era la Corporacion que gobernaba la República, y que en lugar de ser elegida por las diferentes clases de la sociedad, era entónces compuesta de las personas que designaban los Médicis; pero á poco se hizo sospechoso al Duque de Urbino, Lorenzo de Médicis, por falsas noticias que dieron á éste sus enemigos. Causó esto gran inquietud á Guicciardini, que trabajó con afan para disipar aquellas sospechas, y lo consiguió al cabo de tal modo, que entró en la gracia del Duque, y ganó su confianza

(1) ZURITA, *Anales*. — HERRERA, *Hechos de los españoles en Italia*.

en términos que, habiendo de marchar á Lombardia al mando de las tropas de la Iglesia y de las milicias de la ciudad, y queriendo dejar en ella una señoría compuesta de personas que le fuesen fieles, designó á Guicciardini, entre otros, por señores para los meses de Setiembre y Octubre.

Cuando Leon X fué á Bolonia, en el año de 1518, para celebrar una entrevista con Francisco I, rey de Francia, formó parte Guicciardini de la comision nombrada para salir á recibir al Pontífice en Cortona y para acompañarle miéntras estuviese en el territorio de Florencia; conoció Leon X lo que valia y le nombró entónces abogado consistorial, y al cabo le llevó consigo á Roma; en el mes de Junio de 1518, le nombró el Papa gobernador de Módena y Regio, cargo á la sazón delicado, que desempeñó á satisfaccion de Leon X. En 1520 fué elegido capitán del partido güelfo en Florencia; pero hallándose ausente, no pudo ejercer este oficio. En 1521 obtuvo el gobierno de Parma, y á poco, como dice en su *Historia de Italia*, «el de todo el ejército con poder supremo para mandar todas las tropas de la Iglesia y al Marqués de Mantua expresamente, llevando el título de Comisario general del ejército, pero con autoridad muy superior á la que comunemente ejercian los Comisarios.»

Durante la guerra entre el emperador Cárlos V y Francisco I, recibió Guicciardini del Papa diez mil ducados para sostener los desterrados de Milan y para reunir gente para la reconquista de aquel ducado. Trató por entónces el capitán Lesauns, her-

mano Lautrec, que mandaba las tropas francesas, de sorprender á Regio ; pero descubrió Guicciardini este designio y se preparó á la defensa armando á los habitantes y llamando con prisa á Guido Rangone, que mandaba las tropas pontificias en Módena, dando en esta empresa muestra de sus talentos militares, como ya las tenía dadas de hábil político. Habiendo muerto Leon X en Diciembre de 1521, ascendió al solio pontificio el 3 de Enero del año siguiente el maestro de Cárlos V, bajo el nombre de Adriano VI, que confirmó en sus cargos á Guicciardini; y, cuando sucedió á aquél Clemente VII, aumentó la importancia de éste, que fué elevado á presidente de la Romaña y á lugarteniente general del ejército pontificio con autoridad superior á la del Duque de Urbino.

Clemente VII, cuyas veleidades políticas son tan famosas, despues de la rota de Pavía y del tratado de Madrid por el que el Emperador dió generosamente la libertad á Francisco I, se puso de parte de los venecianos, de Sforza y del Rey de Francia, á quien aconsejó que rompiera aquel pacto: indignado el Emperador con tanta perfidia, ordenó al condestable de Borbon que marchára sobre Roma, y aunque contra la voluntad del César, la ciudad fué tomada despues de muerto en el asedio el Condestable ; la soldadesca, que ya venía indisciplinada, puso á saco la ciudad, cometiendo en ella grandes horrores y quedando prisionero el Papa en el castillo de Sant Angelo, de donde no salió sino despues de seis meses, merced á la magnanimidad del

Emperador y mediante un tratado que no tardó en romper el Pontífice. De resultas de esta catástrofe, que no pudo evitar Guicciardini, habiendo perdido todos sus cargos, se retiró á una alquería de que era dueño, en Finochuto, consagrándose á la meditacion á que convidaban aquellos sucesos; los españoles le tenian por enemigo creyendo que habia aconsejado al Papa la alianza con los franceses, y le odiaban los republicanos florentinos porque era de sus contrarios; acostumbrado al manejo de los negocios, no llevaba en paciencia aquella desgracia, que, como puede verse en *Los Ricordi*, atribuye á sus errores, y sobre esto y sobre el consuelo de aquellas penas, se extiende largamente en el citado opusculo.

No duró mucho tiempo el retiro de Guicciardini, pues el Emperador otorgó generosamente á Clemente VII, convencido de que por entónces no podia fiar en los franceses, un tratado perpétuo de alianza, y el Papa se valió otra vez de Guicciardini nombrándole Gobernador de Bolonia, donde la autoridad de aquél era muy combatida. Guicciardini, ademas de los asuntos de su cargo, se ocupaba de los intereses de los Médicis en Florencia, aconsejando á Alejandro y dándole ayuda contra el partido republicano; pero procurando moderar sus excesos, lo cual le traia en contínuo cuidado y movimiento, yendo con frecuencia de Bolonia á Roma y de Roma á Florencia.

Muerto Clemente VII el 25 de Setiembre de de 1532, y habiéndole sucedido Pablo III, como

Guicciardini no servía al Pontificado, sino á la poderosa familia de los Médicis, se retiró á Florencia, y cuando fué acusado Alejandro ante el Emperador, entre otros por el historiador Nardi en 1535, al presentarse el Duque en Nápoles al César, fué su defensor Guicciardini, cuya elocuencia obró con eficacia en el ánimo del Emperador, que le tenía en grande estima. Asesinado Alejandro por su deudo Lorenzo de Médicis el 5 de Enero de 1537, procuró Guicciardini que empuñára las riendas del Gobierno de Florencia un príncipe de aquella familia, y recayó la eleccion en Cosme, descendiente de Lorenzo el Magnífico y hermano de Cosme, el Viejo. Creyó Guicciardini que el nuevo Duque sería dócil á sus consejos hasta el punto de que mandaria en su nombre; pero ingrato y astuto Cosme más de lo que podia esperarse de su juventud, cuando vió á sus enemigos muertos, desterrados ó presos, y la ciudad sometida y en el silencio del terror, prescindió de Guicciardini y de sus secuaces juzgándolos instrumentos ya inútiles; aquel golpe debió ser terrible para un ambicioso como Guicciardini, que se retiró á su alquería de Arcetri, donde sólo un año sobrevivió á su desgracia, dedicado á terminar su *Historia de Italia*, muriendo el 27 de Mayo de 1540 á la edad de cincuenta y siete años.

El nombre de Guicciardini ha pasado á la posteridad por su famosa *Historia de Italia*, que le ha valido el nombre de moderno Tito Livio, aunque no todos juzgan con la misma admiracion esta obra; pero ademas de ella escribió otras que no han sido

generalmente conocidas hasta que en estos últimos años las publicó con notas é ilustraciones José Canestrini, habiendo suministrado los textos y costea-do la edicion que empezó á publicarse en Florencia en 1857 los condes Pedro y Luis Guicciardini, descendientes del historiador. Estas obras son *las consideraciones referentes al discurso de Macchiavelli sobre la primera década de Tito Livio*. En este escrito se ve que los pareceres de ambos políticos son tan semejantes, que sólo discrepan en puntos secundarios.

Los *Ricordi*, obra de poca extension, aunque llena de pensamientos ingeniosos y de profundas máximas, que dan á conocer el espíritu de su autor: citarémos entre ellas las siguientes. «No es reprehensible el ambicioso que desea alcanzar gloria por medios honestos; pero es pernicioso el que no tiene más fin que el engrandecimiento, como suces de de ordinario á los príncipes.» El carácter escéptico de los sabios de aquella época se revela en estas palabras: «Los filósofos, los teólogos y los demas que escriben sobre las cosas sobrenaturales, ó que no caen bajo los sentidos, dicen mil locuras.» Apotegma que pudiera pasar por uno de los principios, ó por mejor decir, como el pensamiento capital de la filosofía del canciller Bacon. De la actividad de Guicciardini da indicio la siguiente máxima: «Aunque la vida de los hombres es corta, da espacio bastante á quien sabe aprovechar el tiempo y no lo gasta vanamente.»

Los discursos sobre las mutaciones y reformas del

Gobierno de Florencia son la mejor prueba de la capacidad política de Guicciardini, quien concluye, que si bien todos los ciudadanos deben tener participacion en el gobierno de un pueblo libre, no todos deben aspirar ni obtener los cargos públicos, sino los más capaces, elegidos en la gran asamblea por las dos terceras partes de los votos para evitar que la corrupcion se sobreponga al mérito.

El diálogo sobre el Gobierno de Florencia es un modelo de elocuencia hecho á semejanza de los socráticos de Platon y de los del orador romano Marco Tulio, siendo los interlocutores cuatro grandes ciudadanos de Florencia, que son Bernardo del Nero, Pedro Capponi, Pagolantonio Soderini y Pedro Guicciardini, padre del autor, que tratan la materia fundándose en la experiencia de Esparta, de Atenas, de Roma y de Venecia, esto es, de un modo semejante al que empleó Aristóteles en sus famosos *libros políticos*.

La Historia florentina, que es otra de las obras que ha publicado Canestrini, contiene sólo la época que empieza en Cosme de Médicis el Viejo y termina en la batalla, que unos llaman de Guiaradada, otros de Vaila y otros de Añadelo, que, despues de la liga de Cambray, fué ganada por los aliados contra los venecianos; del carácter de esta obra aparece que sólo tuvo Guicciardini el propósito de consignar los hechos que pasaban á su vista; pero, segun se dice, siguiendo los consejos de Jacobo Nardi, ántes de que éste fuese su enemigo, se consagró luégo al estudio de la historia y á imitar los

modelos que nos ha legado la antigüedad en este género; la *Historia florentina* es muy interesante, porque los sucesos están narrados con exactitud y bien estudiadas sus causas y sus consecuencias; de todo lo cual tuvo larga noticia, más que por sí, por su padre, que, en razon de los cargos que desempeñó, estuvo mezclado en casi todos ellos.

Los *Ricordi* autobiográficos, ademas de lo elegante del estilo, que en todos los escritos de Guicciardini brilla, son muy curiosos por las noticias que de sí mismo da en ellos desde su juventud hasta la edad de treinta años. Por último, las *Cartas*, que tambien forman parte de la coleccion de que vamos dando noticia, escritas durante su embajada en España y cuando era gobernador de Módena, de Regio y de Parma, y presidente de la Romaña, son muy interesantes por las noticias recónditas que contienen relativas á las circunstancias de los Estados italianos y á los hombres de su tiempo.

Es digna de notarse la contradiccion que existe entre los escritos y las acciones de Guicciardini, pues en aquéllos se nos muestra patriota, amigo de la libertad y de la independenciam de Italia, y muy contrario á los abusos de la curia romana y de la política ambiciosa de algunos pontífices, extremándose en la censura de los vicios del clero propios de la época, y sin embargo, mientras vivió fué instrumento eficaz de los Médicis, y sirvió á los papas de esta familia contribuyendo á la realizacion de sus planes ambiciosos. La explicacion de este fenómeno, más frecuente de lo que fuera de de-

scar para bien de los pueblos, consiste en la desapoderada ambicion de Guicciardini, que, conociéndose con más capacidad para el mando que la mayor parte de los políticos de su tiempo, aspiró á ejercerlo por todos los caminos que le conducian á su fin, y si se proponia emplear su poder en el logro de las ideas que en sus escritos defiende, la verdad es que el éxito distó mucho de sus deseos, que no eran por cierto análogos á los de la mayor parte de los modernos políticos de Italia, pues no queria para su patria la unidad sino la federacion; y aunque los sucesos parece que han condenado su opinion, todavía no tienen éstos la sancion del tiempo ni se ve el medio de que Italia conserve las dos cosas que harian su verdadera grandeza y la convertirian, como sus antecedentes históricos piden, en cabeza de la raza latina, á saber, su independenciam y el tener al propio tiempo en su territorio la silla de San Pedro, dentro de la unidad católica.

Basta con lo dicho para tener alguna idea del autor de *La relacion de España*, que forma parte de esta obra, y para que se aprécien en su justo valor los juicios que el hábil político italiano hace, no sólo del Rey Católico, sino de las circunstancias de la monarquía española que alcanzó en aquel tiempo su mayor esplendor, y más todavía del carácter de los españoles, que aunque nos parezcan acerbos y en alguna parte injustos, debemos reconocer que en lo sustancial son exactos y que con su natural sagacidad descubrió Guicciardini nuestras calidades y nuestros defectos, que son todavía

los mismos, porque tanto á las naciones como á los individuos puede aplicarse el refran que dice: «genio y figura hasta la sepultura»; lo cual no debe ser causa de que renunciemos á corregirnos de las faltas y tendencias que nos perjudiquen y hayan podido ser ocasion de nuestra decadencia y obstáculo para nuestra regeneracion y engrandecimiento.

XI.

Pocos años habian trascurrido desde el viaje de Guicciardeni cuando otro italiano ilustre, de la gran época del Renacimiento, esclarecido por su nobleza y por su saber, viene á España, visita sus principales ciudades y nos deja en un breve itinerario y en unas curiosas y extensas cartas el cuadro que ofreció á sus ojos esta nacion en la época de su mayor grandeza y poderío. Las cosas de la Península habian cambiado en tan breve período totalmente. Durante el glorioso reinado de D. Fernando y D.^a Isabel se habian alcanzado, merced á su hábil política, los fines más altos é importantes á que podian aspirar los amantes de la patria. En primer lugar se llevó á feliz término la Reconquista, arrojando, de la última region que ocupaban, á los invasores musulmanes, que pusieron su triunfante pié en España ocho siglos ántes; habiéndose prolongado tanto su dominacion, por causa de los varios y frecuentisimos períodos de

anarquía y de lucha que atravesaron los Estados cristianos que se constituyeron en las tierras que por diferentes puntos se iban arrancando á la dominacion agarena. Aunque sólo hubieran logrado los Reyes Católicos esta ventura, bastaria para que hubiesen pasado á la posteridad sus nombres rodeados de una aureola de incomparable gloria; pero ántes que esto, el enlace de aquellos príncipes produjo la union de las dos monarquías más poderosas que existian en la Península, y si no se consumó su unidad política, se preparó entónces, como ántes hemos dicho, de manera que no tardó mucho en verificarse; hasta la conquista del reino de Navarra, sobre cuya justicia caben fuertes dudas, contribuyó eficazmente á la independenciam de España, cerrando la puerta por donde podrian introducirse en nuestra patria las influencias extrangeras, y evitando que nuestros enemigos pudieran amenazar nuestra independenciam llegando á traves de los Pirineos hasta las orillas del Ebro.

El descubrimiento y el principio de la conquista y poblacion del Nuevo Mundo elevan la grandeza y gloria de estos monarcas al grado más alto que alcanzaron los príncipes y las naciones que se formaron en Europa despues de la caida del imperio romano, porque con ese hecho maravilloso se djó á las razas superiores de la especie humana un vasto y admirable teatro para su actividad, en el que de seguro les están reservados los más grandes destinos, porque sin duda esas regiones occidentales son el término providencial de la peregrina-

cion de estas razas y el punto en que llegarán á su apogeo la civilizacion y el progreso.

XII.

Cuando Andres Navajero vino á España, las coronas que reunieron en sus sienes los Reyes Católicos ceñian las de un valeroso príncipe que habia juntado con ellas la diadema imperial, siendo por tanto el monarca más poderoso y más temido que á la sazón habia en toda la redondez de la tierra. Para que esto aconteciese habian ocurrido sucesos que sin duda han sido fatales para la prosperidad interior de España, aunque produjeran su brillante y efímera grandeza; fué uno de ellos la triste muerte del infante D. Juan, único hijo varón de los Reyes Católicos, que de haber vivido hubiera continuado en España la dinastía castellana é indígena, con lo que no nos hubiésemos desangrado más tarde con guerras en que para nada entraba el interes nacional y que no podian terminar sino con nuestro vencimiento, á pesar del heroismo de nuestros mayores. Despues de este príncipe murió tambien el infante D. Miguel de la Paz, que, viviendo, no sólo hubiera conservado el trono para reyes españoles, sino que en su persona se hubiera realizado desde luégo, y sin los inconvenientes que despues tuvo, la unidad política de la Península, ideal á que aspiramos vanamente desde que se consumó de nuevo la division de España y Por-

tugal en el triste reinado de Felipe IV, suceso que marca el mayor y más lamentable período de nuestra decadencia, que no tendrá eficaz remedio mientras subsista la causa que lo produjo.

Don Carlos de Austria ocupó el trono en un momento en que Europa y Africa estaban sumidas en los horrores de guerras terribles, en las que tomaban no poca parte los españoles; y por los derechos personales y dinásticos del nuevo Rey, la intervencion de España en aquellas luchas se aumentó considerablemente; agréguese á esto que el cambio de monarca no se verificó en España sin alguna dificultad; á pesar de lo indisputable del derecho de D. Carlos á la corona, la circunstancia de haber nacido y de haberse criado este Príncipe afuera de Castilla inspiró á su prudente abuelo el Rey Católico vehementes y fundados temores de que su elevacion al trono habia de producir alteraciones y graves trastornos, por lo cual habia determinado en su testamento que durante la incapacidad de su hija doña Juana, que era su legítima é inmediata sucesora, gobernase el reino de Castilla su nieto D. Fernando, hermano de D. Carlos, quien, por haber nacido y haberse criado en España, gozaba del amor de sus naturales; pero cuando llegó la última hora al Rey Católico en la aldea de Madrigalejo, surgieron dudas en su espíritu, y guiado por el dictámen de sus consejeros, varió su disposicion testamentaria, llamando al gobierno de España á D. Carlos, y procurando que su primera resolucion quedase en el mayor secreto, para evitar las consecuencias